

Mireya Escalante

¿Evangelizados o evangelizadores?



VAMOS POR LANA Y SALIMOS TRASQUILADOS

Como cristianos, nos sentimos llamados a llevar la buena noticia, —a evangelizar—, a los más pobres. Nos lanzamos con todo el entusiasmo que nos puede dar nuestra sensibilidad para percibir el sufrimiento de muchos. Por cumplir con nuestra misión, pensamos que “ellos” a los que nos dirigimos, deben ser el objeto de la misma, los sujetos que deben estar dispuestos a recibir ese cúmulo de cosas que les queremos enseñar para que puedan dejar de ser pobres o para que puedan resolver sus problemas, puesto que nos parece, muchas veces, que no caen en la cuenta de la magnitud de los mismos. Estamos dispuestos a “cualquier sacrificio” con tal de poder ayudarlos en sus dificultades y necesidades.

Cuando eso ocurre, es decir, cuando vamos por lana, nos damos cuenta que no ocurre lo que esperábamos, o sea salimos trasquilados. Cuando creemos que vamos a evangelizar, a organizar, a planificar la solución de problemas o a hacer gestiones para conseguir mejores servicios, ocurre algo —si de verdad nos acercamos nos encontramos que el resultado es muy distinto, no es correcto decir que salimos trasquilados, pero la lana que encontramos es algo muy diferente y mucho más maravilloso de la que nos imaginábamos.

Sobre esa diferencia, sobre la sorpresa agradable con la que nos encontramos, es lo que quisiera que tratara este artículo. Creemos que vemos y realmente estamos ciegos y hay cosas que no podremos entender a menos que volvamos a nacer.

El ir por lana implica que vamos, que hay movimiento; efectivamente, sea la que sea la causa que nos motive, iniciamos un movimiento con una dirección, hacia el pobre, el oprimido, el más necesitado, encontramos algo. ¿Qué es en realidad lo que encontramos? o ¿con quién nos encontramos?

BAJAR AL ENCUENTRO DE DIOS

(El lector debe perdonar las continuas referencias personales cuando hablo del encuentro y sus consecuencias, pero la razón fundamental de hacerlo es precisamente que no hay mejor experiencia que la propia, y como siempre se cometen fallas y desaciertos, prefiero hablar de los míos que si no los conozco muchos, al menos sí bastante bien, las consecuencias de ellos).

Es importante entonces, hablar del encuentro, ¿cómo ocurre? ¿quién encuentra a quién? Por eso me atrevo a subtítular este aparte con el nombre de un estupendo libro —escrito por un hombre muy especial, González Buelta— con el cual tuve el honor de conversar, y tanto al conocerlo como al leer sus libros se descubre una espiritualidad, una manera de ser, que no puede tener otra razón que un ENCUENTRO que se traduce en una VENCIA.

Para encontrar a alguien hay que iniciar un movimiento en una determinada dirección. En el caso de González Buelta, sacerdote jesuita, fue bajando una vega de río en donde entre barro, inundaciones y amenazas de desalojo vivían unas cuantas familias dominicanas.

Mi encuentro ocurrió, a diferencia del de González Buelta, subiendo (y creo que esta diferencia refleja también la distancia que hay entre los “encuentros”, tanto que ni siquiera tienen comparación). El bajó a una Vega, yo un día subía en un Toyota por una carretera de tierra que daba acceso a un barrio, en el cual trabajaba un grupo cristiano formado por unos muchachos universitarios y un cura. El problema más álgido que habían detectado en la comunidad, era la falta de agua y me pidieron una orientación profesional. Eso me iba a hacer feliz por que al fin podía, como profesional, ayudar a otros. Sin querer adelantarme a conclusiones, subía con un gran error encima: cuando en las reuniones del grupo cristiano se discutían formas de ayuda, siempre veía con

mucha envidia los que trabajaban en el área de la salud, porque ellos y los educadores eran los que podían colaborar en algo concreto; cuando uno era técnico en la rama de la ingeniería, tenía que pagar caro el gusto por los números y era poco lo que se podía hacer, desde el punto de vista cristiano, para ayudar a los más pobres. Es muy común la separación entre el trabajo y lo que consideramos el apostolado o nuestro deber, como cristianos. Así, subía a un encuentro con mucha ilusión porque al fin como ingeniero podía hacer algo en concreto para esos que quería ayudar.

Pero un encuentro para que sea un verdadero encuentro, no se puede quedar en el momento mismo de la cercanía entre dos, luego tiene que haber una consecuencia, una vivencia. Las dos palabras claves son encuentro y vivencia, esa es la cadena, la lógica, luego del encuentro viene una vida, una manera y un modo de ser. Por eso, no se puede hablar de evangelizados-evangelizadores, o evangelizadores-evangelizados sin comenzar por el encuentro.

Ha podido quedarse todo ahí: una ayuda profesional, una visión superficial del problema, una crítica ligera porque hay gente que se ubica en zonas donde no hay servicios y luego quieren que el gobierno se los ponga, un no comprender por qué, en un problema tan importante, es poca la gente que asiste a las reuniones para intentar resolverlo.

Pero las cosas no sucedieron así, “encontré el tesoro escondido y quise comprar el terreno para quedarme con el tesoro”. Comencé viendo manos callosas y ojos vivos que reflejaban algo más que mucha vida y mucho cansancio. Sin saber ni entender mucho que era, comencé a ver sonrisas de comprensión, de amistad y comenzó a cambiar la lógica de muchas cosas, comencé a ver en la debilidad mucha fuerza, constancia y logros.

Una vez cuando ya se habían iniciado las labores para hacer el acueducto que ayudaría a solucionar los problemas de agua y luego de un día de trabajo agotador, caminando cerro y arriba y cerro abajo con una cuadrilla de topografía muy improvisada, formada principalmente de voluntades, baquianos y una brújula, percibí lo que significa solidaridad. Pero también entendí que la misma cosa se ve de distinta manera dependiendo desde donde la mires, porque esa misma cuadrilla, para el dueño de un terreno con un gran cartel que señalaba “Propiedad Privada” significaba: invasores, ladrones, destructores. Comencé a entender, y a sentir la impotencia que sentían todos cuando el dueño se negaba sistemáticamente a que pasaran por su terreno los tubos, —lo que

hubiera hecho imposible la solución—. Y empezaron las amenazas, las intransigencias, la violencia, hasta que al fin cedió, a cambio de unas cuantas tomas de agua potable para el ganado.

Para los que encontraba en cualquier reunión social, los interesados en poner los tubos eran molestos, invadían la propiedad privada, en cambio para mí comenzaban a ser mis amigos. Para los dueños de los terrenos era preferible a cualquier cosa sus vacas, y para mí ya habían muchos nombres detrás de esos rostros curtidos por el trabajo.

Lo que empecé a ver en ese encuentro, lo vi reflejado en unos ojos color miel: era Dios, que se asomaba como un rayo de luz, se dejaba colar por una rendija. Más tarde, cuando leí en un Salmo de González Buelta "Las huellas de Dios" esta frase "Te asomas en los ojos, que han salvado tu ternura, en medio de un rostro tallado a golpes de injusticia," agradecí que otro pudiera expresar tan poéticamente lo que mi corazón había visto.

CON EL ACUDE DEBAJO DEL BRAZO

Lo interesante es que todas las cosas no ocurren ni tan rápida ni tan fácilmente como uno las cuenta. Un encuentro no es un amor a primera vista, es más bien un camino, un proceso más o menos largo. Eso sí, sin ninguna carta de viaje que le indique los atajos, los buenos y malos caminos y sí, con innumerables errores y metidas de pata.

La frase, "Con mi ACUDE debajo del brazo" intenta resumir esa experiencia cargada de errores que asomaba al inicio. Como todo proceso amoroso, no todo es el primer chispazo. Hay que comenzar a construir y a dialogar y esto es solamente posible si se hace entre iguales. No amo a mi perro, puedo amar a un hombre, que es mi igual.

Para bajar la cuesta o para subirla, para buscar y encontrar a quienes buscamos, debemos estar ligeros de equipaje, libres de muchos esquemas y prejuicios que como cortinas nos impiden ver lo que realmente debemos ver. Lo contrario de lo que casi siempre pasa, sabemos leer y con nuestro ACUDE creemos que solamente basta enseñar simbologías y sus significados y no caemos en cuenta que ese a quien enseñamos nos puede dar profundas lecciones de la vida, aunque como ellos mismos digan "no sé la "o" ni por lo redondo". Lo del ACUDE es un decir, un ejemplo de lo equivocados que a veces estamos, del equipaje de prejuicios que cargamos y que nos hace confundir —a veces muy cruelmente— la ignorancia

con la capacidad mental.

Cuando luego de haber establecido una amistad, y haber pasado unos años, cuando existía una Asociación de Vecinos que se había consolidado tras una larga lucha que culminó felizmente en un acueducto, me pareció que podía ser un buen momento para comenzar a reunirnos alrededor de la lectura y comentario de la palabra de Dios, que, algo así, como una comunidad eclesial de base se podía formar. El plan era totalmente mío, no en vano soy planificadora de profesión, todo estaba bien pensado, había que llevar algo motivador, nos reuniríamos en la escuela, un lugar cómodo (sobre todo para mí, que llegaba en carro, mientras que los que podrían asistir tendrían que hacerlo subiendo una cuesta), la hora y día los apropiados, (obviamente para mí, porque no me pareció importante consultar estas cosas en las que suele haber dificultades para ponerse de acuerdo).

Un sábado subí, a las 2 de la tarde, llegué a la escuela con un cargamento de aparatos (¡y de errores!) para pasar unas películas; me instalé, toqué el timbre de la escuela para advertir mi presencia y me senté a esperar la primera reunión. Éxito rotundo, fueron unas 12 personas que quedaron muy entusiasmadas para ir a las subsiguientes reuniones (creo que el entusiasmo también fue mío). Al siguiente sábado volví a la escuela con libros, ya sin películas, toqué el timbre y de nuevo me instalé a esperar que llegaran mis invitados. Como tenía un libro, me puse a leer mientras esperaba y se me pasó la hora, que había programado que durara la reunión... No había llegado nadie, pero no importó mucho. Algo raro ha debido pasar, pensé simplemente. Volví al siguiente sábado y al otro y al otro, y al otro,... sin cambiar mucho lo planificado, y con resultados más o menos semejantes; unas veces iban pocos otras no iba nadie.

Ahora me río de mi ignorancia. En ese momento veía ignorantes a otros que no querían aprovechar tan buenas oportunidades. Preferiría decirles que todo esto es una caricatura para demostrar lo que no se debe hacer, pero lamentablemente fue verdad. Estoy segura que a muchos les hubiera costado menos caer en la cuenta que eso de los iguales que se necesitan para que se de el amor, es algo profundamente auténtico, que los otros tienen su propia vida, con su propio ritmo, con su propia manera de ser, sus costumbres, lo que resumimos hoy como su cultura. Igual, aunque diferente de la mía. Puedo pasar momentos gratos cuando acaricio a mi perro, pero realmente vivo cuando amo profundamente y respeto en su manera de ser y de vivir a mi hermano.

Esta lección me costó entenderla, al

escribirla quisiera que significara también un acto de contricción por las faltas cometidas. La principal: no entender realmente qué es evangelizar, llevar la buena noticia. Pensar que eso es tener un cúmulo de conocimientos, o un barniz religioso que se puede "dar generosamente". No entender que Jesús predica al reino, no montado en una cátedra, sino desde la vida, y no de cualquier vida sino desde la vida de los más pobres. El reino, que es la buena noticia, comienza desde lo más abajo, desde la semilla más pequeña, desde el fondo de la cuesta. No se necesita saber ni la "o", no pesa tanto la lección impartida en el ACUDE cuando nos lleva de la mano para que encontremos a Dios, y para que veamos "avance" del reino en medio de las condiciones más difíciles de vida.

LOS POBRES SON NUESTROS MAESTROS Y LOS HUMILDES NUESTROS FORMADORES

Esa frase que es de Gregorio Nacianceno, sintetiza lo que intento expresar, no es a los doctores, ni a los sabios a los que Dios revela estas cosas del reino, deben ser justamente los pobres nuestros maestros y los más humildes quienes nos formen. En eso he tenido mucha suerte pues me tocaron unos maestros con mucha paciencia que supieron llevarme de la mano y me hicieron ver el camino.

Una vez superada esa etapa de reuniones fallidas y al comprender que las cosas no se hacían así, que era mucho más un estar, un permanecer en una comunidad, un sentirse parte de un todo, que todas esas tontas reuniones "muy planificadas", comenzamos a leer la Palabra de Dios. De nuevo otro gran descubrimiento, las palabras se oyen muy distintas desde el ambiente donde se pronuncian desde ahí, desde esa comunidad, entre el ruido de niños, gallos y apretados en una casa pequeña y calurosa, esas palabras cobran un sentido totalmente diferente, hay una identidad de lenguajes, de situaciones, están hechas a la medida. Desde los lugares que habitualmente vivo, son necesarias explicaciones científicas, se hace lo posible por suavizarlas, intentamos que los ladrones no sean ladrones sino publicanos; que las prostitutas no sean sino magdalenas; que no sean bienaventurados los pobres, sino los pobres con apellido: los pobres de espíritu. Allá en el cerro, hay que pedir el pan para cada día, pues no llega fácil, ahí se entiende a María cuando quiere despedir a los llenos y llenar a los que como ellos están vacíos. Aquí se ve cómo se crucifican a muchos cristos, pero también se ve cómo se lucha

contra toda esperanza y se cree y se espera que todo sea diferente, aquí se ven los signos de resurrección.

Vemos mucho menos que el ciego aquel que estaba a la orilla del camino en Jericó, que supo ver con los ojos del corazón al Mesías, en Jesús. Pudo hacerlo porque era maestro y formador: era pobre y estaba en la orilla. Si nosotros queremos ver, debemos dejarnos guiar hacia la orilla, hacia la cuneta, bajar o subir para encontrarnos con ese Dios que se asoma en unos ojos de un rostro cansado. Al verlo aunque sea una vez, ya comenzamos a hacer un poco de ese hombre nuevo.

Recibir una buena noticia, es justamente ser evangelizado; si alguna vez pretendí subir a un cerro a evangelizar, sucedió todo lo contrario: la evangelizada fui yo. Y no se puede vivir igual luego de recibir esa buena nueva.

Y DESPUES DE ESTO ¿QUE?

Después, viene la vida, lo fácil de decir pero lo más complejo de hacer. Esta, nuestra vida, que cambia, que tiene que cambiar, que no es posible vivirla como antes se había vivido. Que remueve desde lo más profundo los cimientos que se tenían. (Y no es simple retórica, ocurre en realidad). Cuando se oye y se comenta la buena noticia entre los destinatarios privilegiados de Dios, también uno, como Pablo, se cae del caballo en el que andaba. Sólo que este caballo que hablamos no era como el de Pablo, el nuestro es de ambiciones personales, ansias de poder, prepotencia y un desconocimiento muy grande de nuestra realidad.

Ocurre, que no se ve igual nuestra formación, ni nuestra profesión, que aprende uno poco a poco a ponerse en lugar del otro. Y sin ánimo, ni mucho menos, de pensar que se ha logrado (lejos, muy lejos estamos de eso), se comienza a ver que las medidas que algunas veces nos toca tomar y que tienen repercusiones sobre muchos, no resultan iguales si se piensan desde una oficina, o un centro de investigaciones o desde un carro con aire acondicionado, que si se pensarán desde los zapatos del que tiene que ponerse una bombona al hombro y subir o bajar una cuesta.

El sentido de la profesión cambia. Muchas veces por nuestra formación sabemos con bastante precisión datos estadísticos de un país extranjero en el cual se editó el libro por el que estudiamos, pero poco sabemos de lo que puede sentir o pensar ese hermano nuestro, con el cual tuvimos el privilegio de encontrarnos.

Al entrenar un poco el oído, se comienza a oír cada vez mejor los gritos de un

pueblo que clama, pueblo que ahora para nosotros no tiene forma genérica, sino tiene rostro y nombre, lágrimas y sonrisas. Todo esto nos va dando la clave para intentar, —al menos— ir traduciendo nuestros conocimientos para que puedan estar al servicio de quienes más lo necesitan.

Cuando uno está en el cerro, por ejemplo, le parecen tontas e irreales las propagandas institucionales para prevenir el cólera, ¿cómo pensar que se puede hervir el agua?, cuando no hay nada más común que pegarse al chorro y aprovechar, para calmar la sed, los pocos momentos que llega el líquido.

Pero no son tontos ni irreales los valores de solidaridad, desprendimiento y amor que surgen desde la violencia de vivir, valores que distan mucho de asimilarse rápidamente, pero que me resultan cada vez más necesarios para comprender este arduo camino de hacer de nuevo a Venezuela. El impregnarse de estos valores, es el inicio; el siguiente paso deberá ser intentar al menos ponerlos en práctica.

Para llegar a las casas de mis amigos se pasa por un basurero; un poco más arriba está la cumbre de la montaña, allí corre un viento fuerte. Si alguien me hubiera contado alguna vez que yo disfrutaría muchísimo haciendo volar, como cometas las bolsas plásticas del basurero para ver quién las hacía llegar más lejos,

le hubiera dicho sencillamente que estaba loco. Eso ocurrió y realmente lo disfruté.

Es curioso el contraste tan grande que existe entre fuertes necesidades, **lucha por la existencia**, opresión y valores tan importantes como capacidad de compartir, profunda alegría. Sólo viviéndolo se puede comprender.

Este aprendizaje es lo único que nos puede ayudar para implantar una civilización distinta a la que estamos viviendo. Ahora privan como valores el tener, el poseer y el capital, como ese dios que clama permanentemente sacrificios a cambio de más tener y de más placer. Esa civilización diferente, la llamaba Ellacuría, "la civilización de la austeridad", este es el compromiso al que nos llama Dios, — luego lo descubrimos en el encuentro, crear mecanismos que nos permitan vivir compartiendo nuestras necesidades y luchas para evitar los contrastes enormes que claman, ante ese Padre Justo.

Un compromiso que puede tener mil maneras de cumplirse pero que tiene un solo objetivo, dar vida. El ¿cómo? se encuentra luego de aguzar el oído, para no estar sordo al clamor del pueblo oprimido, y de afinar la vista, para ver ese rayo de luz que se filtra aun en medio de la basura, y después de estrechar esa mano callosa que siempre está dispuesta a ayudarte a subir o bajar la cuesta.



REPORTEANDO EN PELIGRO CIUDAD-SELVA

Taller teórico, práctico de:

- SOBREVIVENCIA
- AUXILIO MEDICO
- OFIDIOLOGIA
- MANIOBRAS CON CUERDAS

Este Taller tiene el objetivo de:

Enseñar al profesional en Comunicación Social las técnicas e instrumentos que le puedan salvar la vida en un momento dado, cuando esté cubriendo la noticia en pleno desarrollo o en lugares de difícil acceso, para que recoja la información evitando en lo posible los peligros existentes.

Duración: 5 días:

Tres sábados teóricos
Un fin de semana práctico

Material a entregar:

- Carpeta con hojas blancas y bolígrafo
- Guías de algunas materias
- Tres Refrigerios
- Una franela
- Cobertura contra accidentes
- Un pasaje ida y vuelta en autobús turístico.

Lugar Teórico: Hotel Eurobuilding.

Lugar Práctico: Top Secret

Teléfonos: 82 63 07 (8 am. a 11 am.)

941 79 53 (7 pm. a 10 pm.)

Supervivencia Urbana

- Auxilio Médico de Emergencia
- Motin y conmoción civil
- Psicología (comportamiento con civiles y funcionarios)
- Incendio
- Equipos

Supervivencia Extra-Urbana

- Desplazamiento
- Señalización
- Orientación
- Refugio
- El Clima
- Peligros del medio ambiente
- Alimentación
- El Fuego
- El Agua
- Equipo
- Ofidiología

Integrados

- Maniobras de ascenso y descenso utilizando cuerdas y equipos básicos
- Normas básicas de seguridad.

**Afiliado a su Visa y Master Card.
Financiamiento en tres clases**